

La conciencia ecologica del poeta: hacia la descentralizacion de la ciudad latinoamericana

Roberto Forns-Broggi
Metropolitan State College of Denver

**Trabajo a presentarse en el XXI Congreso internacional de LASA,
Hotel Palmer House Hilton, Chicago, Illinois, del 24 al 26 de setiembre de 1998**

La poesia aparentemente no ha jugado ningun rol relevante en el rapido proceso de urbanizacion que sufrido la ciudad latinoamericana en las ultimas decadas. Los diagnosticos se ocupan principalmente de los problemas sociales y economicos que surgen con el aumento desbordante de la poblacion y la capacidad limitada de los gobiernos nacionales y locales para ofrecer los servicios basicos de salud y energia. El deterioro economico ha alcanzado niveles tan dramaticos de pobreza, que para efectos de la busqueda de soluciones politicas casi siempre se ha relegado las consideraciones ambientales a un segundo plano. En 1990 el numero de latinoamericanos que ganaba menos de 60 dolares mensuales alcanzaba casi a la mitad de la poblacion: unos 200 millones (Davila, 199). A pesar de los esfuerzos de responder a las demandas de una poblacion cada vez mas grande, los desafios de un ambiente urbano deteriorado han crecido de una manera alarmante, sobre todo en las areas del manejo de la basura, de la contaminacion de las aguas, de los alimentos y del aire. No comparto el optimismo de algunos respecto a las posibilidades concretas desde los gobiernos municipales, aunque existan excepciones ejemplares (Davila, 205-07). Probablemente el peso de los problemas ambientales ha ganado resonancia ultimamente gracias a las denuncias del ecologismo, que por sus diversos medios, han advertido de esta contaminacion por desechos industriales y venenos quimicos. Mi intencion no es echar la culpa de estos males a las grandes empresas de la industria quimica, la industria petrolera y la industria automovilistica, como lo hace Eduardo Galeano en su provocativo libro *Uselo y tirelo. El mundo del fin del milenio, visto desde una ecologia latinoamericana*. Ya sabemos que el problema es complejo, que es necesario señalar las responsabilidades nacionales "tales como la tala de bosques, la erosion y los daños inflingidos por la accion de una poblacion densa y de una agricultura intensiva" (H. Mansilla citado por Mires, 81), que las grandes ciudades latinoamericanas, "hinchadas a reventar por la incesante invasion de exiliados del campo, son una catastrofe ecologica: una catastrofe que no se puede entender ni cambiar dentro de los limites de una ecologia sorda ante el clamor social y ciega ante el compromiso politico" (Galeano, 19). Mi punto mas bien es que tiene ver la poesia con este problema ecologico en este contexto urbano. Mi hipotesis es que la influencia de la poesia es siempre indirecta, va a funcionar en el largo y oculto trayecto de valores y actitudes individuales y colectivas que no pueden describirse facilmente y que importan tambien en su dimension de fuentes de energia y revitalizacion. Particularmente, la poesia para el latinoamericano constituye un medio practico para transformar su "sentimiento de la naturaleza" que Danilo Cruz Velez considera uno de los mas debiles del planeta en tanto no acostumbra visitar bosques, rios o lagos por estar "siempre encerrado en sus ciudades horribles" (106). Soy consciente de que Cruz Velez esta hablando del ciudadano promedio, no de todos los que viven en el campo o tienen una relacion directa e intensa con la naturaleza, entre los que se encuentran algunos poetas y una gran parte de la poblacion indigena. Antes que los ecologistas del primer mundo anunciaran la urgencia de una nueva vision de las culturas y de la naturaleza para recuperar armonias y superar la relacion de dominacion, los poetas latinoamericanos ya hacian de la relacion entre cultura y naturaleza la piedra de toque de la vision de la realidad y sus consiguientes consideraciones eticas. Ante el centralismo atavico que domina los discursos oficiales que rigen las ciudades latinoamericanas de hoy, algunos poetas han planteado una voz critica propiciatoria de un espacio alternativo que aun no se le ha dado la debida atencion (ver mi articulo sobre poesia y ecologia). Fernando Mires en un trabajo clave sobre la ecologia en America Latina observa un notable atraso con respecto a los paises del primer mundo en el desarrollo de un estilo de pensamiento

que recurra a la Ecología como arma crítica y analítica (73). Pero significativamente al final de su segundo capítulo, "Hacia la formación de un pensamiento ecológico en América Latina", cita tres versos de Neruda como una forma de sacar al aire libre nuevas respuestas a la dicotomía entre lo moderno y lo tradicional para obtener todas las posibilidades de expansión en el lenguaje de lo social (97). Personalmente he sido testigo de la conciencia del poeta sobre su sincero amor a la naturaleza, en muchos casos reconocidamente "deficiente" por ser "una persona aficionada a la poesía que ha vivido y crecido en la ciudad y cuyos intereses dependen abrumadoramente de este hecho" (Huerta, 43). Sin embargo esa no es mi impresión cuando leo los poemas de Roberto Juarroz, Gonzalo Rojas, Homero Aridjis, Dulce María Loynaz, Juan Pablo Riveros, Alberto Blanco, Gioconda Belli, Luz Lescure, María Fernanda Espinosa, entre tantos otros. Estos poetas que más me hacen pensar en el fenómeno de la conciencia ecológica tienen una importancia radical en tanto que conforman un bastión clave contra los estragos del capitalismo en su dimensión cultural que incrementa y ahonda la alienación respecto a lo natural. Lo interesante de este fenómeno de conciencia es que su discurso poético es mucho más abierto, para no decir atractivo, que el discurso ambientalista que última instancia exige sacrificios y obliga a la autolimitación de acuerdo con un patrón puritano, como observa con insistencia Andrew Ross (Dion, 17, 20). Según Ross, el problema con la narrativa de autorrestricciones que se deriva del ecologismo del primer mundo, siempre ejerciendo su influencia a través de la culpa, es que no da pie para tratar temas de ecología urbana y justicia ambiental. Todo lo contrario sucede en el caso de la poesía latinoamericana que vista desde una perspectiva ecológica me permite pensar el poema como un campo generador de energías que transforma la relación actual de los seres humanos con la naturaleza, criticando primordialmente la alienación respecto a lo natural y el dualismo cultura/naturaleza. El poema desde su forma nos remite a la integridad formal de otros trabajos, criaturas y estructuras del mundo, como afirmaba el poeta Wendell Berry. La forma de un buen poema, quizás no completamente explicable o demostrable, es una analogía de las formas de otras cosas. Por su forma, el poema alude a otras formas, las evoca, resuena con ellas, y así llega a ser parte de un sistema de analogías o armonías por las cuales vivimos. Así, el poeta afirma y colabora en la formalidad de la creación. Según Berry, esto es materia de una importancia capital, mayormente no reconocida. Un poema nos recuerda también del júbilo espiritual que llamamos 'inspiración' o "regalo" (Berry, 89). Tal vez sea muy indirecta la influencia, y estemos hablando de un espacio utópico a medio hacer, pero el poema mismo como espacio peculiar donde se realiza la articulación de lo local es una clara fuente de energías vitales para elaborar con ellas estrategias de resistencia a los patrones centralistas de organización social, étnica, genérica, etc. El espacio poético no se centra en la formación de una conciencia ecológica, pero la propicia y la complementa con su devastadora crítica a la subjetividad autosuficiente de Occidente, sobre todo a través de la construcción de una conciencia que no desdeña su dimensión simbólica e inconsciente. Los poetas no tienen ese afán científico de agotar todas las explicaciones posibles y saben mejor que nadie que hay muchísimo de lo que no estamos conscientes que no se puede expresar a través de un lenguaje "normal". La conciencia de esta limitación ha llevado a los poetas a extremar su ingenio lingüístico y probar su capacidad expresiva que alcanza su sentido clave en ese ámbito simbólico de arquetipos donde se encuentra la congruencia entre la subjetividad y el mundo natural (Kidner, 79-80). Este aspecto colectivo de la conciencia no puede ser enteramente entendido si solo se busca un saber individual y racional, dejando de lado rituales, mitos y otras estructuras integradoras de la cultura. Octavio Paz afirmaba con acierto que deberíamos prestar mucha atención a las culturas de América Latina precolombina, que junto con los movimientos ecológicos actuales y el redescubrimiento del valor de la Naturaleza, tienen un alto grado de actualidad para la comprensión moderna de la Naturaleza; sobre todo en su actitud de admiración y colaboración con ella (Barloewen, 275, 279). La ecología ha impactado los conceptos tradicionales de individualidad a través de su concepto de "conciencia ecológica" que a grandes rasgos ha definido como el resultado de una expansión psicológica del sentido estrechamente encapsulado del yo como un individuo aislado, en su exclusiva

identificación con todo lo humano, hasta su búsqueda de identificación e interpenetración de ese yo con el ecosistema y la biosfera (George Sessions citado por Warwick, 234). Desde la temprana crítica ecologista de William Ruecker hace más de dos décadas, el poema se entendió como una fuente imperecedera e inagotable de energía depositada, cuya relevancia no se derivaba solamente de su significado, sino de su capacidad para permanecer activo en cualquier lenguaje y continuar transfiriendo energía, seguir funcionando como un sendero de energía que sostiene la vida y la comunidad humana (108). Todavía sigo creyendo que el poema, como lo hacía Ruecker, es una acción que proviene de una conciencia ecológica finamente desarrollada y sofisticada (116). El poema es un ataque a la concepción cultural predominante que se alimenta como un gran depredador y parásito de la Naturaleza y que nunca entra en la dinámica recíproca de transferencia de energía ni a una relación de reciclaje con la biosfera (119). En el caso de la poesía latinoamericana, la expresión de esta concepción ecológica del poema se encuentra de manera fragmentaria y dispersa, sin estar muy lejos de lo que venimos diciendo. Solo por poner un ejemplo, en los "fragmentos verticales" del poeta argentino Roberto Juarroz (1925-1995) se halla una honda reflexión acerca del quehacer poético que merece mayor atención. Juarroz dice en el fragmento 64 de la sección "casi razón":

En la vida se turnan el ser y el no ser. También en el poema. Pero en este surge a veces una rara fusión, donde ser y no ser se conjugan en una realidad más plena. Encontrar esa realidad constituye el fin de la poesía. Y quizá de la vida. (*Decimo- cuarta poesía vertical*, 165)

Aunque es cierto que falte un pensamiento más explícito y articulado sobre el rol de la poesía en la formación de una conciencia ecológica en el pensamiento latinoamericano, encuentro en estos fragmentos la sofisticación suficiente para pensar nuestra realidad en conjunción con la Naturaleza, como insiste Juarroz en el fragmento 92: "Los poemas, como los árboles amados, nos hacen sentir más vivos a su sombra" (173). En lo que respecta a la crítica de la separación artificial entre ser humano y naturaleza, Juarroz insistirá en una transformación profunda del punto de vista frío y racional en una conciencia apasionada por el mundo:

El mundo necesita ser resacralizado. La poesía es el camino más libre y desinteresado para esa imprescindible resacralización. Ella reconoce lo sagrado como la dignidad fundante de cada cosa, el vínculo esencial que vincula a cada una con todo, la porción de amor callado y olvidado que hay en cada cosa. (Fragmento 107, 178)

A mí me llama la atención la diferencia fundamental con respecto a la recurrencia del pensamiento ecológico que hallo entre la reflexión de Juarroz y la de los ecologistas del primer mundo. Mientras que en Juarroz la conciencia ecológica se fundamenta en una proyección amorosa, en el discurso ecologista hay una compleja desconstrucción del yo. Si se lee la *Poesía vertical* en sus catorce libros, uno encontrará también esa desconstrucción de la ficción individualista pero a través de una sensibilidad amorosa que la poesía hace propicia. Se que el tema es muy complejo, pero me parece fascinante el solo hecho de contemplar tamaña colaboración de los poetas a sus ciudades.

Ahora bien, solo quisiera señalar de un modo introductorio, con el riesgo de simplificar demasiado, algunas formas en que la poesía efectivamente da cabida a esta conciencia ecológica. Una primera instancia es la poesía que reflexiona sobre las relaciones entre lo humano y lo no humano en una red de interconexiones, como ocurre con algunos poemas de *Poesía vertical* de Roberto Juarroz en los cuales no se acepta el despojo "de lo que la naturaleza muestra a cada instante, que es la destrucción para la reconstrucción" (Kovadloff, 3). El poema insiste en atacar el problema del desconocimiento de la Naturaleza en lo que ella tiene de nuestro ser constitutivo y en lo que de ella podemos aprender a vivir:

Pero lo mismo en el arraigo o el exilio
seguimos sin conocer nuestra función,
quizá porque ignoramos
la función de la tierra. (*Duodécima poesía vertical*, poema 34, 46)

Juarroz es un poeta difícil, que a pesar de ser repetitivo, profundiza como nadie en la trágica separación de lo humano con lo natural, insistiendo con pasión en la necesidad de pertenecer a los ciclos de la luz y la sombra, de la vida y la muerte. Sigo releendo a este gran poeta, que no cesa de despertar sorpresas (ver mi artículo en *Romance Languages Annual 1995*).

Un poeta relativamente joven, me refiero a Alberto Blanco (México, 1951), ha reunido hace poco su vasta producción poética, doce libros de poesía entre 1973 y 1993, en un solo volumen, *El corazón del instante* [1998]. Estos poemas básicamente construyen un yo poético complejo, sediento de la presencia de seres humanos, sol, plantas, piedras y animales. La insistencia de Blanco es complementaria de la de Juarroz, pues ahonda el conocimiento de la Naturaleza a través de la experiencia directa entre los seres vivos y en la vida de las cosas. En "El salmo de la piedra" dos versos confirman mi hipótesis sobre la celebración de las bodas de la Naturaleza con el cuerpo:

Y la creación no es más que una canción de amor
Que brota de su corazón paciente. (342)

Por supuesto la infinidad de temas abiertos por Blanco sugiere la necesidad de no abandonar la humildad humana frente al hecho milagroso de la vida en su dimensión ecológica. Algunos fragmentos son llamados a combatir las enajenaciones básicas de las urbes:

la tierra se estira	como un animal que por fin despierta
la aurora humana	de esos grandes edificios y proyectos
del mundo soñador	sale a lucir su nueva piel la estrella (497)

Blanco insiste a lo largo de su vasta obra en diluir la dualidad entre la naturaleza y la cultura mediante incesantes transformaciones de quienes participan de la existencia cíclica de vida y muerte. Sus poemas expresan una delicada experiencia de interconexión, donde es indispensable poner en examen los sentidos para alcanzar las conexiones vitales, en una tensión siempre ambigua con la capacidad racional del ser humano en su obsesión por abstraerse del plano natural. En muchos poemas, el yo poético se encarna en un animal, ya sea pájaro o pez o mamífero o insecto, símbolo del propio poeta que se empeña en encontrar lazos, consciente de energía vital que fluye a través de la Naturaleza. Pocos poetas han logrado expresar con la fuerza de Blanco la dimensión colectiva de la existencia que abarca una diversidad infinita de seres naturales. De por sí esta literatura celebratoria de lo natural muestra un magnífico sentido de la exploración que es una manera de recuperar habilidades de percepción y sensaciones que la vida urbana ha atrofiado casi por completo.

Una segunda forma de dar cabida a la conciencia ecológica es la expresión amorosa de una geografía real basada en experiencias sensoriales y en historias de los elementos naturales que se han ido incorporando a la vida de la comunidad. Así releo los escasos poemas de José María Arguedas (Perú, 1911-1969) cuya intensidad aún invitan a revivir esa adhesión íntima y espiritual con la Naturaleza desde la perspectiva andina. Quizás no se haya escrito un poema que represente mejor ese yo en expansión del que habla la Ecología, interpenetrado con la biosfera, que el poema publicado por Arguedas en Lima en 1966 "Llamado a algunos doctores" donde la invocación emotiva se mezcla con el deseo de transformar la cultura urbana de la indiferencia mediante la relación armónica con la Naturaleza, legado andino que aun las sociedades latinoamericanas no saben aprovechar:

¿De qué están hechos mis sesos? ¿De qué está hecha la carne de mi corazón?
Los ríos corren bramando en la profundidad. El oro y la noche, la plata y la noche
temible forman rocas, las paredes de los abismos en que el río suena: de esa roca están hechos mi mente,
mi corazón, mis dedos. (*Katatay*, 43)

Sin embargo, el poema rehace sus voces de la geografía real y recicla la misma intensidad de Arguedas desde los ámbitos simbólicos de la reconciliación de la Naturaleza con la cultura, como lo hace sutilmente María Fernanda Espinosa en un hermoso libro, *Tatuaje de selva*, donde ese yo interpenetrado con la diversa flora y fauna de la selva celebra la vida y denuncia el despojo desde una

identidad despreocupada de límites y restricciones propias de la visión occidental moderna. La renuencia a usar los tradicionales roles genéricos para aproximarse al tema amoroso anuncian una clara intención de trascender los parámetros androcéntricos de los lazos emotivos y vitales para la existencia humana. Es decir, hablar del adiós, aunque los ecos melodramáticos se hacen presentes, no es reducir el esquema amoroso a un argumento de telenovela, sino más bien expandir el concepto amoroso hacia la tierra que sufre las inclemencias del avance industrial y tecnológico que, hipocritamente debido a sus discursos ambientalistas, explota y agota los recursos naturales. La forma del poema asemeja al árbol y la palabra condensa ese amor que circula y no se define estático ni se muestra final en el individuo:

XLIV
La memoria
es el último tacto
el primer beso
el monte intacto
el sol que sale por partes
el estupor de los loros
sin ramas para colgarse
y un vértice de pájaro
que no es paloma
es hoatzin con cresta y todo
plumiparada plumiroja
que silba desde el torax clavicordio
la memoria
es el cortejo de los albatros
con orquesta de picos y danza de vientres
o el cuerpo diverso del manatí
es una historia de yuca y maíz
el cuento de mis ojos japoneses
la boca doblemente ancha
para besar
besarte
los pomulos simétricos
tus palmas
doblemente boca
doblemente amor que no vuelve
desmemoria (97)

En el poema la presencia del mundo en su diversidad de seres se hace sentir en un tono de nostalgia por la pérdida de sus vínculos con la tierra, en este caso la selva tropical en peligro de extinción. Más importante que la denuncia misma de la desaparición, es el sentimiento de perder la vida a través de las imágenes de los seres queridos que se van recordando. Espinosa logra expresar con sutileza una geografía real a través de la voz de la memoria sobre la selva. Mauricio Ostria González hace una observación aguda sobre la poesía de Juan Pablo Riveros que puede aplicarse a la poesía de Arguedas y Espinosa: todos ellos coinciden en el esfuerzo de recuperar, reinterpretar y resemantizar ámbitos de la cultura latinoamericana sumergidos, ocultos u olvidados en los discursos constitutivos de la imagen nacional o continental (109). Si bien al leer *De la tierra sin fuegos* [1986], de Riveros, uno no puede evitar contagiarse del esfuerzo del libro por sumergirse en un cosmos definitivamente extinto como lo es el mundo de los selknam, yamanas y qawashqar de la llamada Tierra de Fuego (Ostria González, 113), el tono del poema remite al mismo llamado de Arguedas de superar una enajenación cultural que ya tiene más de cinco siglos en América Latina. El destinatario de esta poesía definitivamente es el ciudadano del que nos habla Cruz Velez; por lo tanto estamos ante un frustrado intento de comunicación en la medida que difícilmente la poesía penetra la red globalizante de los medios masivos en los que usualmente se mueve el consumidor urbano. La poesía de Espinosa, aunque no se preocupa de autoproclamar su especificidad

cultural y étnica, siendo obvia su referencia al mundo amazónico, es enfática en la imperiosa necesidad de redefinir la relación con la Naturaleza. Y considero su discurso poético radical en su concepción amorosa, no solo porque rescata el amor sagrado por la Naturaleza, sino porque lo presenta como si fuera una pasión interna, personal. Este diluir dicotomías, como la que separa al individuo de su entorno cuando se piensa en la experiencia amorosa. En estos poemas resuenan voces que deberían reintegrarse de algún modo a la vida urbana en tanto procuran una restauración de conexiones entre lo humano y lo no humano. Los poemas condensan la crucial urgencia de conocer al otro en medio del descreimiento general que en términos posmodernos nos remiten a la indeterminada posición del sujeto y del otro. En una perspectiva de largo plazo, la dinámica de conocer al otro, sea lo étnico, lo femenino o lo dominado termina por convertirse en un proceso de autoconocimiento y de incorporación de perspectivas descentradas para armonizar con la Naturaleza.

Finalmente, encuentro en algunos poetas latinoamericanos una concepción poética construida alrededor de un anhelo por reparar una pérdida de contacto con la Naturaleza. Menciono este modo porque me parece útil como algunos poetas ha encontrado su contundencia expresiva gracias a las fuerzas y formas de la Naturaleza. Quiero destacar a una poeta nicaragüense que ha sido leída más por exaltar el cuerpo humano, celebrar el erotismo y glorificar la protesta social. Gioconda Belli (1948) en sus poemas reunidos en *El ojo de la mujer* [1991] habla de un sujeto femenino que rehúsa autodefinirse según la autoridad patriarcal y que alcanza su afirmación plena en conjunción con la Naturaleza. La maternidad, por ejemplo, es un proceso amoroso que se extiende “a los animales y las plantas” y que no posee en absoluto una carga negativa (“A Melissa, mi hija”, 41). La experiencia de ser mujer se presenta como una respuesta activa a la imagen vigente de debilidad y fragilidad que se le suele endosar al género femenino. Para Belli, la voz poética revela el verdadero rostro de la mujer en tanto aparece como una fuerza dinámica e interdependiente con la Naturaleza, como puede verse en el tono de la mayoría de sus versos, como “Siento que soy un bosque” (“Mi sangre”, 49) o “he de renacer/fuerte como los ceibos, hermosa como la tempestad” (“Poda para crecer”, 202). Quiero detenerme en un poema en particular que plantea la autodefinition femenina a través de una autocrítica a la confianza en el lenguaje que ha solido moldear las relaciones amorosas y el discurso mismo de la definición de identidades femeninas. Solo cito el comienzo de “Sin palabras”:

Yo invente un árbol grande,
más grande que un hombre,
más grande que una casa,
más grande que una última esperanza.

Me quede con el años y años
bajo su sombra
esperando que me hablara. (225)

El poema continúa presentando el interés por hablar y la persistente frustración a pesar de los intentos de penetración del yo poético. La transformación del sujeto es una sorpresiva metamorfosis hacia una comunión total, ansiada y esforzadamente buscada, que es casi imposible de alcanzar. El sujeto persiste en su deseo de posesión del objeto amado, inventado con palabras, pero va descubriendo que el lenguaje también transforma al sujeto si redescubre la subjetividad del otro, visto desde el principio como objeto, pero sentido desde su subjetividad natural simbolizada en el verdor creador del árbol, en su calidad de mariposa, pájaro, luciérnaga y caballo. Los últimos versos anuncian el cambio de perspectiva:

Aprendí tantas cosas para poder hablarle,
Me desnude de tantas otras necesidades
Que olvide hasta como me llamaba,
Olvide de donde venía,
Olvide a qué especie de animal pertenecía
Y quede muda y siempreverde

--esperanzada--
entre sus ramas. (226)

La ambigüedad de algunos versos, sobre todo la coincidencia de los verbos de la primera y tercera persona resaltan con mayor fuerza los requerimientos mínimos para la reconciliación con la Naturaleza y con el amor: el abandono del yo aislado y egoísta; y el consiguiente proceso de aprendizaje de los modos de formar parte de lo natural. "Sin palabras" es un duro ataque al lenguaje que por su propia codificación, por la misma fuerza de la costumbre, no ofrece lo que ofrecía en los primeros tiempos, la comunión con lo natural. La poesía de Belli insiste en el carácter ético de su búsqueda, que no excluye de sus planes a los hombres. El anhelo comunitario de la utopía que persigue Belli con intensidad mantiene una entonación terrestre en poemas excelentes, como "los portadores de sueños" (296-99). El mundo que se quiere vivir proviene del pasado: los portadores de sueños eran "felices en su mundo de azúcar y viento" (298) y Belli insiste en recordar su "fecundidad", sus lazos terrestres, para seguir creyendo en ellos. Al final dice:

Sabemos que la vida los engendro
para protegerse de la muerte que anuncian las
profecías. (299)

No se si cada ciudad tenga su poeta. A estas alturas es necesario resguardarse de las simplificaciones y los estereotipos. Lo que he tratado de presentar aquí es simplemente los posibles viajes que los poetas ofrecen, primordialmente en lo que atañe a una conciencia ecológica latinoamericana, en el corazón mismo del monstruo. No se trata de invertir dicotomías entrampadas como ciudad/campo, integración/fragmentación, o centralización/descentralización; se trata de superar las dicotomías y seguir explorando las posibles conexiones que nos ofrece la Naturaleza como concepto construido desde una conciencia ecológica. El centralismo atávico de las grandes ciudades latinoamericanas no permite encarnar de ningún modo sustancial la justicia social y menos desarrollar una ecología urbana. Una vía probable de superar tamaño impase es abrir nuevos espacios donde la palabra, el aire puro y la vida recobren su lugar sagrado en el tejido de las sociedades latinoamericanas.

Obras citadas:

Arguedas, José María. *Katatay. Temblar*. Lima: Editorial Horizonte, 1984.

Barloewen, Constantin von. *Latinoamérica: cultura y modernidad. Tecnología y cultura en el espacio andino. Con una entrevista a Octavio Paz*. Traducción de Daniel Najmias y Juan Navarro. Barcelona: Circulo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 1995.

Belli, Gioconda. *El ojo de la mujer*. Managua: Vanguardia, 1991.

Berry, Wendell. "The Responsibility of the Poet". *What Are People For?* New York: Farrar, Straus and Giroux, North Point Press, 1990. 88-92.

Blanco, Alberto. *El corazón del instante*. México: Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas, 1998.

Cruz Velez, Danilo. "La ciudad frente al campo". *Ciencia política. Revista trimestral para América Latina y España* [Bogotá] 23 (1991): 101-109.

Davila, Julio D. "Enlightened Cities: The Urban Environment in Latin America". *Green Guerrillas: Environmental Conflicts and Initiatives in Latin America and the Caribbean; a Reader*. Hellen Collinson, ed. Montreal & New York: Black Rose Books, 1997. 196-214.

Dion, Mark. "Interview with Andrew Ross". *Concrete Jungle*. ED. Mark Dion y Alexis Rockman. New York: Juno Books, 1996. 17-23.

Espinosa, Maria Fernanda. *Tatuaje de selva*. [Ecuador]: Abrapalabra, [1992].

Forns-Broggi, Roberto. "¿Cuales son los dones que la naturaleza regala a la poesia latinoamericana?" *Hispanic Journal* (forthcoming)

---. "Vision ecologica del sujeto: una aproximacion a la poesia de Roberto Juarroz" *Romance Languages Annual 1995*. West Lafayette: Purdue Research Foundation, 1996. 467-72.

Galeano, Eduardo. *Uselo y tirelo. El mundo del fin del milenio, visto desde una ecologia latinoamericana*. 2da edicion. Montevideo: Planeta, 1996.

Huerta, David. "Negaciones". *La Gaceta* 294 (1995): 43-44.

Juarroz, Roberto. *Decimocuarta poesia vertical. Fragmentos verticales*. Buenos Aires: Emece, 1997.

---. *Duodécima poesia vertical*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohle, 1991.

Kidner, David W. "Culture and The Unconscious in Enviromental Theory". *Environmental Ethics* 20 (1998): 61-80.

Kovadloff, Santiago. "Roberto Juarroz: la poesia en un tiempo de espera". *La Nacion* [Buenos Aires], Seccio 7, p. 3, Domingo 15 de agosto de 1993.

Mires, Fernando. *El discurso de la naturaleza. Ecologia y politica en America Latina. Para una nueva radicalidad social 1*. San Jose, Costa Rica: Amerinda Estudios, 1991.

Ostria Gonzalez, Mauricio. "Tomas Harris y Juan Pablo Riveros: conjuros y revelaciones". *Atenea* 476 (1997): 109-117.

Riveros, Juan Pablo. *De la tierra sin fuegos*. Concepcion: Libros del Maiten, 1986.

Ruecker, William. "Literature and Ecology. An Experiment in Ecocriticism". *The Ecocriticism Reader. Landmarks in Literary Ecology*. Cheryll Glotfelty y Harold Fromm, Eds. Athens/London: University of Georgia Press, 1996. 105-23.

Warwick, Fox. *Toward a Transpersonal Ecology. Developing New Foundations for Environmentalism*. Boston & London: Shambhala, 1990.